

LORETO BUSQUETS, *Pensamiento social y político en la literatura española. Desde el Renacimiento hasta el siglo XX*, Madrid, Editorial Verbum, 2014, 393 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH

Universidad de León

Dieciséis estudios muy densos precedidos de un prólogo comprende este libro de Loreto Busquets para el que ha seleccionado trabajos de investigación en los que trata de esclarecer sobre todo distintos aspectos relativos al pensamiento social y político que se revelan en distintas obras, algunas de ellas cimeras, de la literatura española, en las cuales, y más allá del título del volumen, indaga asimismo cuestiones de carácter filosófico, ético, teológico, y de historiografía literaria. Conforme declara el subtítulo, los textos estudiados abarcan un arco cronológico de hasta cinco siglos, pues van desde el XVI hasta el veinte. Sin embargo, son estas dos las centurias menos representadas, con un trabajo centrado en cada una, siendo el período más atendido el XVIII, dato revelador de que la investigadora ha tenido un especial aprecio por las letras de un período que los estudiosos han descuidado en demasía, y en el que ella se mueve con asaz solvencia.

Otras decantaciones de estudio se advierten en este libro: la del interés por piezas teatrales, por encima de obras poéticas y narrativas, aun cuando éstas abren y cierran los trabajos aquí reunidos. La atención a la literatura catalana en un libro dedicado, de acuerdo con su titulación, a la literatura española, es un concepto que pudiera calificarse como menendezpelayano de la misma. La atención también a la italiana, con la que tanto está familiarizada Loreto Busquets después de desarrollar su carrera filológica en Italia. Y su conocimiento de la literatura europea, lo que la habilita para el comparatismo. Tres autores están representados por partida doble en los estudios, Calderón de la Barca, Ángel Saavedra, duque de Rivas y Cienfuegos, mientras un par de trabajos son de carácter temático general, uno referente a modelos humanos en la escena española dieciochesca, y otro a la relación de la tragedia neoclásica española con el ideario de la Revolución francesa.

Son diversas las metodologías analíticas empleadas, en todo momento con rigor, y los trabajos se organizan siempre del mismo modo, a base de subcapítulos sin titulación propia, pero diferenciados por números romanos. Todos habían aparecido previamente en revistas especializadas y en volúmenes colectivos, datándose el más lejano en 1983, y el más reciente en 2014, el año mismo de aparición de este *Pensamiento social y político en la literatura española* del que nos estamos ocupando. Son unas tres décadas de labor científica, por tanto, las que están representadas en este tomo editado por la madrileña editorial Verbum.

El libro es una muestra fehaciente de un compromiso de investigación muy acorde con los fines científicos universitarios, y por tres razones: porque propone lecturas nuevas de obras maestras, porque llama la atención acerca de textos poco estudiados, pero que merecen revalorizarse, y porque discute y a veces rebate ideas a su juicio erróneas que suelen manejarse en la crítica literaria.

Ejemplo del primer supuesto son sus acercamientos, entre otros, a *La vida es sueño*, *El sí de las niñas*, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, en el ámbito teatral y a las novelas *La febre d'or* y *El pianista*, narraciones de Narcís Oller y de Manuel Vázquez Montalbán, respectivamente, y a propósito de las cuales Loreto Busquets se demora en el análisis del protagonismo de Barcelona en esos relatos. El segundo pueden ejemplificarlo los centrados en la pieza *Lucrecia y Tarquino*, de Francisco de Rojas Zorrilla, en la *Lucrecia* de Joan Ramis i Ramis, en

la tragedia filosófica *Idomeneo*, de Cienfuegos, en la *Polixena* de Marchena, en *La morisca de Alajuar* del duque de Rivas, o en la *Virginia* de Tamayo y Baus.

La vertiente tercera le lleva a oponerse a tópicos manidos como los de que la tragedia neoclásica no solo es conservadora, sino incluso muy reaccionaria, además de reiterativa en los asuntos. O al de que razón y sentimiento son categorías que se excluyen entre sí, siendo privativas la una del racionalismo dieciochesco, y el otro de los románticos. Tocante a autores concretos, rechaza el lugar común de que Marchena sea un autor revolucionario y subversivo, especie que se debería a una historiografía reaccionaria y manipuladora, pues a su juicio el autor sostuvo siempre posiciones moderadas, aunque bien firmes. Asimismo repudia que del duque de Rivas se haya difundido la idea de que fue girando desde posiciones de rebeldía hacia comportamientos conservadores, pues a su entender no alteró nunca su radicalismo en materia social y política.

Uno de los tópicos a los que se enfrenta más de una vez la investigadora es el que relaciona automáticamente neoclasicismo a dependencia imitativa de la literatura francesa, y a acatamiento de las tan traídas y llevadas tres unidades aristotélicas. Por lo que hace al primer punto, señala que el movimiento neoclásico no tiene origen francés, y su expresión formal es de carácter más amplio, de alcance europeo. Tocante al segundo, indica que la imitación de los antiguos no consistía en seguirles tanto en preceptos artísticos cuanto en sus propuestas de ejercer liber-

tades, entre ellas la de liberarse de reglas, recordando que Aristóteles no estableció normas para que fueran seguidas en la creación literaria. En consecuencia, se lamenta de que «nuestra historiografía literaria ha seguido cifrando la clasicidad de las obras dieciochistas examinadas en su adhesión a la presunta normativa clásica, y su perfección a la pasiva adherencia al 'modelo'».